

MIRADAS DE VIAJEROS E HISTORIOGRAFÍA: LA CAMPAÑA DE BUENOS AIRES AL CONCLUIR EL S. XVIII E INICIAR EL S. XIX

Andrea Dupuy, Andrea Rosas Principi,
María Valeria Ciliberto

Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina/CONICET

RESUMEN

El artículo revisa los relatos de Francisco de Amigorena y de Alexander Gillespie, un funcionario y un militar, escritos a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, que han sido la base de la historiografía tradicional argentina sobre el mundo rural de Buenos Aires. Desde la perspectiva de la nueva historiografía económica argentina y de la historia del paisaje, replantea la imagen de la conformación de las clases dominantes rurales de la época y el papel económico del interior de la pampa de la provincia de Buenos Aires. Específicamente, el artículo cuestiona la idea de un espacio desierto, tal como la pintó la historiografía romántica, y propone el perfil de un *hinterland* heterogéneo, dedicado a distintas actividades.

PALABRAS CLAVE: siglo XVIII, siglo XIX, relatos de viajeros, campaña de Buenos Aires, historiografía, historia del paisaje, economía, terratenientes, campesinos.

ABSTRACT

This article reviews the accounts of Francisco de Amigorena and Alexander Gillespie, a functionary and soldier, written at the end of the 18th Century and beginning of the 19th Century. These accounts formed the basis of the traditional Argentinian historiography of the rural areas of Buenos Aires. From the perspective of the new economic historiography in Argentina and of rural history, the article rethinks the image of the structure of the dominant rural classes of the age and the economic role of the interior of the pampa of the province of Buenos Aires. Specifically, the article questions the idea of the countryside as a deserted space such as it had been depicted in the romantic historiography, and the article proposes the outline of a heterogeneous hinterland dedicated to several activities.

KEY WORDS: travel writing, Buenos Aires, Viceroyalty of Rio de la Plata historiography, colonial economic history, peasants, farmers, 18th Century, 19th Century.

El paisaje, tanto en su dimensión material como en su referencia literaria es la producción de un tipo particular de observador (...). El paisaje es un punto de vista.¹

INTRODUCCIÓN

Durante más de cinco décadas, la historiografía dedicada a los siglos XVIII y XIX sostuvo una cierta imagen del mundo rural bonaerense, hoy considerada tradicional. De acuerdo con ella, el *hinterland* agrario porteño estaba caracterizado por la influencia de las grandes propiedades en las que se desarrollaba una producción predominantemente ganadera, siendo casi inexistentes las actividades agrícolas. Esta imagen, producto de la fuerte influencia de la literatura romántica en la historiografía, presentaba al habitante del campo asimilando al hombre rural, solitario, a caballo, errante en medio de un ámbito semidesierto. Visión esta que se completaba con la de una sociedad simple y polarizada donde peones y estancieros aparecían como los únicos pobladores de la campaña. Los primeros, subordinados sin otras alternativas posibles a los segundos, propietarios terratenientes que dominaban las actividades productivas, el comercio y hasta la vida política. Precisamente, rastrear los orígenes de la hegemonía de estos terratenientes era el interés predominante entre los estudiosos del período. En este marco, se consideraba que los fundamentos de la supremacía que disfrutaban los grandes propietarios rurales de fines del siglo XIX y principios del XX se encontraban en el pasado colonial.²

Sin embargo, a fines de la década de 1960, esta imagen empezó a modificarse. Los trabajos de Tulio Halperín Donghi mostraron que los grandes estancieros no eran quienes se encontraban en el escalón superior de la pirámide social colonial. Antes bien, el ascenso de la clase terrateniente, de la mano de la expansión de la ganadería porteña, no era un proceso que hundía sus raíces en la colonia sino una consecuencia de las crisis de la Independencia.³

1. Raymond Williams, *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001, p. 21.

2. A modo de ejemplo, véase Horacio Giberti, *Historia de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Editorial Hyspamérica, 1985. Los replanteos en el trabajo de Raúl Fradkin, "Los comerciantes de Buenos Aires y el mundo rural en la crisis del orden colonial. Problemas e hipótesis", mimeo, s.f.

3. Véase el trabajo de Tulio Halperín Donghi, "La expansión ganadera de la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", en Torcuato Di Tella y Tulio Halperín Donghi, comps., *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, Editorial Álvarez, 1968. Del mismo autor, "La expansión de la frontera de Buenos Aires (1810-1852)", en M. Gimenez Zapiola, comp.,

Más aún, estudios recientes ubican el proceso de conformación y consolidación de la clase terrateniente en la segunda mitad del siglo XIX.⁴

Estos nuevos estudios son parte del impulso que, desde hace unos dos decenios y hasta ahora, produjo una renovación en las líneas de investigación de la historiografía argentina asociada al análisis del mundo rural. Renovación que ha dado como resultado un significativo replanteo de aquella imagen tradicional sobre la campaña bonaerense mostrando una realidad social y productiva mucho más diversa y, por cierto, muy heterogénea.⁵

En esta nueva perspectiva se han abordado, por ejemplo, cuestiones tales como las formas de tenencia, uso y apropiación de la tierra, la importancia del papel de la producción agrícola para el autoconsumo y el mercado, la existencia de un extendido sector de pequeñas y medianas familias de productores, la dinámica demográfica, la importancia de las migraciones en el proceso de poblamiento de la región, y mucho más recientemente, la conformación y el ejercicio de distintas formas de poder y sociabilidad en el marco del proceso de formación de los estados provinciales.⁶

Junto con el énfasis puesto por esta renovación en el estudio de nuevas problemáticas, surgió también una preocupación por la utilización de reno-

El régimen oligárquico: Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930), Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

4. Véase el trabajo de Juan Carlos Garavaglia, "Patrones de inversión y 'élite económica dominante': los empresarios rurales en la pampa bonaerense a mediados del siglo XIX", en Jorge Gelman, Juan Carlos Garavaglia y Blanca Zeberio, comps., *Expansión capitalista y transformaciones regionales. Relaciones sociales y empresas agrarias en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, La Colmena/Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1999, en el cual se muestra que los grandes propietarios pampeanos entre 1820 y 1852 no tenían la mayoría de su patrimonio invertido en establecimientos rurales sino, más bien, un patrón de inversiones muy diversificado. Por otra parte, véase el estudio de Roy Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, donde se pone de manifiesto que la construcción de una identidad de clase terrateniente es un proceso impulsado a mediados del siglo XIX –con la producción lanar y la fundación de la Sociedad Rural– y se consolida en las décadas finales de esa centuria.

5. Sobre las principales temáticas abordadas en el marco de la renovación de la historiografía rural, véase uno de los primeros estados de la cuestión realizados al respecto por Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman, "Rural History of the Río de la Plata, 1600-1850: Results of a Historiographical Renaissance", en *Latin American Research Review*, vol. 30, No. 3, 1995.

6. Para un balance actualizado acerca de las nuevas temáticas y perspectivas de investigación surgidas de la renovación de inicios de la década de 1980 véase Raúl Fradkin, "Caminos abiertos en la pampa. Dos décadas de renovación de la historia rural rioplatense desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX", en Jorge Gelman, comp., *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006.

vadas fuentes de información. La base documental sobre la cual se sustentaba aquella imagen clásica de la campaña porteña fue reemplazada por otra de naturaleza fiscal, económica y demográfica. Así los padrones de población elaborados con distintos fines, las mensuras de tierras, las testamentarias, los diferentes listados impositivos y los registros parroquiales ocuparon el centro de la escena en una primera etapa.⁷ En cambio, otras fuentes como los relatos de viajeros de los siglos XVIII y XIX quedaban en un segundo plano. Paulatinamente, sin embargo, tales crónicas se fueron integrando como parte esencial de las nuevas perspectivas que, matizando y complementando los enfoques cuantitativos preponderantes en la primera etapa, recurrieron a formas más narrativas de hacer historia (incluidas las investigaciones basadas en el análisis de expedientes judiciales de diverso tipo).⁸

Por esto hoy, luego de más de veinte años del inicio de esta renovación historiográfica, podemos volver a aquellos relatos de viajeros. Releer estas crónicas confrontando las distintas visiones de la campaña porteña de fines del siglo XVIII y principios del XIX, construidas por las historiografías a partir de sus descripciones, es el objetivo de nuestro trabajo.⁹ Los relatos de José Francisco de Amigorena (1787) y de Alexander Gillespie (primera edición, año 1818) constituyen las miradas-textos a partir de los cuales abordaremos el estudio de los ejes temáticos articuladores de las imágenes del mundo rural construidas por las dos perspectivas analíticas consideradas. Ambos viajeros nos ofrecen un relato del espacio observado-interpretado rico en matices, que la producción historiográfica previa tradujo, sin embargo, como acorde al tipo de sociedad y economía por ella pensada: un mundo de cuecos, peones y estancias.

7. Sobre la relación entre conceptos, instrumentos metodológicos y fuentes en la historia rural rioplatense véase Raúl Fradkin y Jorge Gelman, "Recorridos y desafíos de una historiografía. Escalas de observación y fuentes en la historia rural rioplatense", en Beatriz Bragoni, edit., *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2004.

8. Al respecto, referimos a los trabajos de Carlos Mayo, *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos, 1995. Del mismo autor, *Pulperos y pulperías de Buenos Aires (1740-1830)*, Buenos Aires, Biblos, 1996, y *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770-1870)*, Buenos Aires, Biblos, 2000, y de Juan Carlos Garavaglia, *Poder, conflicto y relaciones sociales. El Río de la Plata, XVIII-XIX*, Rosario, Homo Sapiens, 1999.

9. Un primer acercamiento a la temática en Andrea Dupuy, Andrea Rosas Principi y Mariana Canedo, "Un análisis de los clásicos relatos de viajeros a la luz de los nuevos estudios sobre la sociedad de la campaña de Buenos Aires (siglos XVIII y primeras décadas del XIX)", ponencia presentada en las Jornadas de Investigación y Debate "La Argentina rural. Una relectura desde los clásicos", Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 4 y 5 de noviembre de 2004.

Creemos que la influencia de la visión de Alexander von Humboldt de un mundo americano simple y desierto, así como la propia concepción e ideología romántica de los historiadores del siglo XX, ha hecho que solo se considerasen aquellas partes de estas crónicas que más se adecuaban a la interpretación de una América pensada como un espacio vacío y sin dueño. En el ámbito de las nuevas lecturas de ese mundo rural, nos ocuparemos de releer a estos cronistas desde otra perspectiva de análisis que, creemos, nos permitirá otorgar otro valor a estos “clásicos” relatos de viajeros.

LOS VIAJEROS

José Francisco de Amigorena, oriundo de España, fue maestre de campo de San Juan y Mendoza desde 1780. Su “diario de viaje”, escrito en esa década, es una guía de las rutas que se extendían desde Buenos Aires a Mendoza.¹⁰ Mostrar las diferentes alternativas de caminos que un viajero podía tomar, el tránsito, la posibilidad de aprovisionamiento de agua y alojamiento y la relación con las sociedades indígenas es el objetivo manifiesto de su diario. En su descripción de las distintas rutas, De Amigorena detalla algunos rasgos de la campaña de Buenos Aires, en un momento en el que aún muchos de los límites jurisdiccionales no estaban totalmente definidos.

Alexander Gillespie, por su parte, fue un capitán de marinos de origen inglés, que llegó con aquellas fuerzas expedicionarias británicas que invadieron el Río de la Plata en 1806. Una vez reconquistada la ciudad, fue hecho prisionero y confinado, primero a San Antonio de Areco (en el norte de la campaña porteña) y, luego, a Calamuchita (en la provincia de Córdoba). De retorno a Buenos Aires partió, junto con otros coterráneos, hacia Inglaterra a principios de septiembre de 1807. Su relato no es solo una crónica de los acontecimientos políticos y militares que lo tuvieron como uno de los protagonistas, sino también una narración de las experiencias que vivió en su recorrido por el interior de la región. Escrito con posterioridad a los sucesos de la independencia, hacia 1818, Gillespie describe las características sociales y económicas que presenta el mundo rural bonaerense de entonces.¹¹

10. José Francisco de Amigorena, “Descripción de los caminos, pueblos y lugares que hay desde la ciudad de Buenos Aires a la de Mendoza en el mismo reino”. El escrito tiene por fecha el 6 de febrero de 1787, y no fue publicado hasta su hallazgo en el Archivo de los condes de Revillagigedo (virreyes de México) en los años ochenta del siglo XX. Empleamos en el presente trabajo la edición publicada en *Cuadernos de Historia Regional*, No. 11, 1988.

11. Su libro “Observaciones coleccionadas en Buenos Aires y el Interior de la repú-

Los relatos de estos viajeros evidencian el renovado interés que en este período las potencias europeas muestran por Sudamérica, en general, y por el nuevo virreinato del Río de la Plata, en particular. Atención que sabemos responde a distintos y, en estos casos, opuestos objetivos. Para España, en su intento ilustrado de Reforma, toda información sobre la nueva jurisdicción administrativa posibilitaba un mejor control, con el consiguiente y necesario incremento de los ingresos procedentes de sus colonias de ultramar. En cambio para Inglaterra, en plena expansión marítima y comercial, el puerto de Buenos Aires y su espacio interior ofrecía innumerables oportunidades de negocios e inversiones. Por este y otros motivos de índole política y científica, la región suscitaba una creciente atracción entre un público inglés abierto a las novedades editoriales: de hecho, entre 1800 y 1850 se publican en Inglaterra veinte títulos sobre Argentina (la década de 1820 fue la más prolífica).¹²

DOS VIAJEROS, DOS “PUNTOS DE VISTA”

Los relatos de José Francisco de Amigorena y de Alexander Gillespie nos permiten hacer una relectura de las formas de distribución de la población y organización de la producción en el espacio de la campaña porteña a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

Por un lado, la visión de José Francisco de Amigorena es la de un funcionario español, cuyo objetivo básico es la descripción –en forma pormenorizada– de las rutas que se extienden desde Buenos Aires a Mendoza, aún territorios coloniales. Sus opiniones y su “punto de vista” se presentan al servicio de las nuevas necesidades de la corona española. Su crónica muestra un cierto grado de asimilación que reduce el asombro, planteando la descripción a través de una mirada que se pretende “objetiva”.

Gillespie, en cambio, pertenece a otra potencia imperial, Inglaterra. Su historia de vida, como señaláramos, es la de un prisionero de guerra, que finalmente, después de varios infortunios, puede regresar a su patria. Su cultura (en el sentido antropológico del término) es, por tanto, diferente de la de Francisco de Amigorena y su “punto de vista” el de un militar de una

blica” fue impreso en Londres por B. Dewhirst en 1818. Empleamos aquí la edición publicada como Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

12. Ricardo Cicerchia, *Viajeros. Ilustrados y románticos en la imaginación nacional, Viajes, relatos europeos y otros episodios de la invención argentina*, Buenos Aires, Troquel, 2005, p. 135.

nación que se está gestando como Imperio Colonial y se halla en plena expansión.

En ambos relatos se refleja una imagen de la campaña porteña, similar en muchos aspectos, que podemos contrastar con ese espacio desierto y simple destacado por los románticos y generalmente ejemplificado en las lecturas de otros clásicos viajeros como Humboldt o Bello. A pesar de ello, sus miradas diferentes, sus “puntos de vista”, difieren en algunas cuestiones que es preciso destacar. Sobre estas miradas y estas imágenes concentraremos nuestra atención a lo largo de las siguientes páginas.

MIRADAS DEL MUNDO RURAL, ACERCAMIENTOS

Una lectura de estos dos relatos muestra que ambos viajeros “recorren” específicamente el norte del *binterland* porteño, un área de antiguo poblamiento cuya colonización data de principios del siglo XVIII. Gillespie y De Amigorena detuvieron su mirada en los sucesivos poblados que encontraron a su paso (Villa de Luján, Pergamino, San Nicolás de los Arroyos, Capilla del Señor, San Antonio de Areco, Salto y Rojas) y en los fortines de Areco, Mercedes y Melincué.

Topográficamente, el área norte es una llanura con ondulaciones y arroyos.¹³ Las características geográficas del terreno son minuciosamente detalladas por ambos viajeros, quienes delinearón un espacio de características nada uniformes. En sus relatos, la naturaleza aparece como un obstáculo para el avance de los viajeros pero, al mismo tiempo, como un recurso explotable: a mediados del mes de octubre de 1806 cuando los militares británicos llegaban a Capilla del Señor, situado en las proximidades de “un río abundante de pescado”, Gillespie expresa que “el campo se hizo algo variado por sus desigualdades”.¹⁴ Un par de días más tarde arribaban a San Antonio de Areco, “después de cruzar un brazo del río que estaba cerca”,¹⁵ poblado en el que residirían durante casi tres meses.

Las miradas de los intelectuales argentinos decimonónicos transformaron este mismo territorio descrito por los viajeros en un paisaje funcional a su

13. “Al sur de Santa Fe, en la orilla derecha del Paraná y el Plata, se encuentra la campaña de Buenos Aires, (...) Al norte de la capital una llanura ondulada, rica en arroyos; al sur, la pampa absolutamente horizontal, abundante en lagunas”, según la descripción que de ella realiza Tulio Halperín Donghi, *Revolución y guerra. La formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, México, Siglo XXI, 1979, p. 31.

14. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, pp. 108-109.

15. *Ídem*, p. 110.

propia idea de país. Y, durante muchos años, los análisis del mundo agrario porteño y las problemáticas generadas en torno a él reprodujeron esta representación de la pampa cronológica e ideológicamente vinculada al imaginario nacional instituido a fines del siglo XIX.

La “invención” de una campaña como un territorio topográficamente homogéneo, desierto, vacío de relaciones sociales pero, al mismo tiempo, cargado de atributos negativos, fue políticamente funcional a este proyecto que concebía que el futuro del país residía en su poblamiento, y que los inmigrantes europeos transformarían este inconmensurable desierto en una sociedad civilizada. Tributarias de un romanticismo que oponía la civilización a la barbarie, las interpretaciones tradicionales concibieron al campo y a la ciudad como universos culturales en lucha perpetua y, en el plano material, como componentes antagónicos de una especie de economía dual tradicional-moderna.¹⁶ En esta perspectiva, la dimensión humana y social, vale decir histórica, del espacio fue un tema olvidado en los estudios rurales. Espacio y tiempo disociados, la imagen de la campaña construida fue la de un desierto inmóvil, uniforme y sin dinamismo propio.

Las crónicas de los viajeros europeos, principalmente las de aquellos procedentes de la industrializada Inglaterra, constituyeron las fuentes documentales de muchas de las reflexiones de esta historiografía tradicional. Perspectiva que destacó solo aquellos pasajes de estos textos que, desde una mirada ajena al desarrollo agro-pastoril de la pampa y el litoral argentinos, subrayaban lo poco “refinado” de las costumbres lugareñas asociando estas formas de vida con las limitaciones materiales de una economía “dormida”: “la ancha extensión [de la campaña] ofrecía solamente unas pocas chozas míseras, habitadas por gente muy pobre, cuyo alimento consistía en carne, huevos, leche y agua, sin pan o sal”.¹⁷

Relacionadas con esas características de la población, estos viajeros, en nuestro caso Gillespie, muestran cómo la pobreza de los habitantes del *hinterland* porteño convive con las enormes riquezas naturales no explotadas por su propia desidia:

(...) computada a ojo, podemos estimar cómodamente en diez mil cabezas la fortuna adjudicada a todo ser humano residente en ellos [en los campos] desde su nacimiento. Inconsciente de su propia riqueza, dormita a través de los días y las abandona a los deportes de la naturaleza, espigando solamente de ellos, a

16. En este sentido, tenemos como obra paradigmática el *Facundo* de Sarmiento (1854), donde gaucho y caudillo rural se asimilan y son presentados como obstáculo de progreso, de toda forma de “civilización”.

17. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, p. 99.

voluntad, alguna víctima casual para saciar su epicurismo, rechazando con desden los pedazos mejores que alimentarían a millones de sus prójimos.¹⁸

Con muy distintas ideas respecto a las causas y soluciones del problema, el representante ilustrado de la corona española comparte parcialmente este diagnóstico. Pocos años antes, al recorrer las rutas mercantiles que unían al puerto de Buenos Aires con la región cuyana, José Francisco de Amigorena muestra también la pobreza y limitaciones de la población rural frente a la abundancia de la naturaleza al señalar que la obtención de agua por parte de los habitantes de la Posta de la Cañada de la Cruz solo es posible

(...) con arto trabajo (...) tampoco hay más leña que algunos Cardos, Bosta de ganado Bacuno, y huesos que es el unico auxilio del todo año [sin embargo] los Animales que de todas clases tienen estas gentes, ascienden a numero muy considerable, principalmente el Bacuno, del que lleban crecidas porciones para el abasto de Buenos Aires.¹⁹

La mayor presencia de viajeros británicos en toda Sudamérica (militares, comisionistas de empresas mineras, representantes de casas comerciales y científicos, entre otros) tiene como contexto la expansión comercial inglesa y la potencialidad del área vista como un mercado de recepción de la producción y de capitales. En este sentido, toda una línea historiográfica posterior, interesada en el análisis de los diarios de viajeros, interpretó sus obras, vinculando sus representaciones y estrategias narrativas con los requerimientos económicos del imperialismo inglés y la configuración de nuevas formas de conocimiento científico-posesión.²⁰ Al presente, otras investigaciones matizan estas explicaciones enfatizando la influencia que las imágenes construidas por los mismos viajeros tiene entre los pensadores nativos que modelaron la primera literatura nacional (fundamentalmente en Echeverría, Alberdi y Sarmiento, los mismos autores a los que hacíamos referencia).²¹

18. *Ídem*, pp. 103-104 (N. del E.: se respeta la ortografía original de los documentos citados).

19. José Francisco de Amigorena, "Descripción de los caminos, pueblos", pp. 6-7.

20. Como ejemplo de este enfoque, véase Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

21. Ricardo Cicerchia, *Viajeros. Ilustrados y románticos en la imaginación nacional*. Una versión resumida previa del mismo autor, " 'Looking for John Bull'. Viaje, redescubrimiento y narrativa: Relatos de viajeros británicos sobre la Argentina", en Carlos Malamud, comp., *La influencia española y británica en las ideas y en la política latinoamericanas*, Madrid, Instituto Universitario Ortega y Gasset, 2000.

Como decíamos, estas “estampas literarias” consagran una imagen de territorio inmóvil, representación historiográficamente instituida que recién comenzará a matizar los trabajos que se ocupan de la historia social y económica de los ecosistemas agrarios, retomando la tradición de los historiadores y geógrafos europeos (principalmente franceses). Desde esta perspectiva, inscrita también en la renovación de los años ochenta, fue posible analizar la interacción hombre-naturaleza y sus recíprocas influencias, incorporando no solo a la geografía física, sino también a otras disciplinas tales como la ecología, la botánica o la geología de superficie.²²

A partir de los aportes de las investigaciones que abordaron la historia social y económica rioplatense desde conceptos tales como ecosistemas o geosistemas agrarios, el medio termina de perder sus antiguas connotaciones estrictamente naturalistas y adquiere por definición una magnitud humana. El paisaje y la sociedad rioplatense se complejizan, perdiendo en este proceso su supuesta inercia y homogeneidad. Al interpretar el espacio como proceso histórico, en el ámbito de las nuevas miradas de una también nueva historiografía, fue posible superar la visión institucional tradicional que identificaba a las regiones con unidades territoriales artificialmente construidas.

De esta manera, se pasa a concebirlas como la espacialización de una cambiante trama de relaciones económicas, como el lugar donde las redes socio-espaciales alcanzan su mayor densidad.²³ Estos enfoques articulan realidades espaciales y sociales a través de dos nociones básicas: la antigüedad del asentamiento y la orientación productiva dominante en cada área. Así, ha sido posible pensar el proceso de formación de la estructura regional bonaerense asociándolo a las formas que asume la relación capital comercial-producción.²⁴

22. Entre los primeros ejemplos de este tipo de estudios encontramos el trabajo de María del Rosario Prieto “Relaciones entre clima, condiciones ambientales y asentamientos humanos en la provincia de Mendoza en los siglos XVI, XVII y XVIII”, en *Revista de Historia de América*, No. 100, y el artículo de Juan Carlos Garavaglia, “Ecosistemas y tecnología agraria: elementos para una historia social de los ecosistemas agrarios rioplatenses (1700-1830)”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 28, No. 112, enero-marzo 1989. Posteriormente, otros investigadores abordaron la temática desde perspectivas similares, confiando siempre al análisis de los fenómenos demográficos y de la tecnología campesina un lugar privilegiado. En estos estudios es indudable la influencia de los enfoques y metodologías de la historiografía rural europea (Bloch, Dion, van Bath, Le Roy-Ladurie, Meuvret, Bertrand, Duby y Wallon; entre otros).

23. Respecto de los fundamentos teóricos de la historia regional y sus potencialidades analíticas referimos a la síntesis –ya clásica– de Eric Van Young, “Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas”, en *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, No. 2, Tandil, 1987.

24. Representante de esta línea interpretativa es el trabajo de Raúl Fradkin, “Antigüedad de asentamiento, orientaciones productivas y capital comercial en la confor-

En síntesis, lejos de aquel espacio inmóvil y homogéneo, colmado de vacas y estancias pero vacío de gente, una serie de investigaciones centradas en la reconstrucción de las características sociodemográficas y económicas de los diversos pagos de la campaña porteña consolidan ya la imagen de un mundo rural productivamente heterogéneo a nivel intrarregional (con áreas donde predomina la ganadería –no exclusivamente vacuna–, áreas de agricultura y mixtas). Y explican, además, esta diversidad social y productiva en función de las bases poblacionales del proceso, con las distintas fases y modalidades de la ocupación del espacio.

Al ser un área de antiguo asentamiento y colonización, sin duda el espacio recorrido por nuestros viajeros se presentaba como una zona propicia para la cría de animales. Buena parte de su producción ganadera encuentra en los mercados de abasto y de exportación su principal destino. De hecho, ambas crónicas hacen abundantes referencias a la existencia de ganado no solo vacuno, sino además lanar, caballar y mular que puebla la región.

Puede leerse en estos cronistas la representación de una campaña activa, poblada de familias, con actividades productivas diversas destinadas a un mercado no solo local sino, en algunos casos, más amplio. En su descripción de las actividades que se realizaban en la estancia de Don Marcos Zabaleta en San Antonio de Areco, el militar inglés indica que “las mulas que criaba Don Marcos eran para los carros y para las ferias anuales de Salta, donde se proveían todas las necesidades de Perú”.²⁵ También De Amigorena señala la vinculación productiva del área con el mercado potosino (y lo próspero de este negocio) al referirse al ganado que posee Don Francisco Sierra, un vecino de los Pagos de Arrecifes: “es muy crecido el número de hacienda que este hombre tiene de todas clases, destina mucha Mulada para Perú y grandes rodeos de Ganado Bacuno para Buenos Aires, y por otras partes, y últimamente nos aseguraron ser grande su caudal en plata”.²⁶ Además, nos informa sobre un aspecto central de esta actividad: la participación de pequeños y medianos productores en el abastecimiento de un mercado que, a nivel de productores, no se halla aún monopolizado por los grandes.²⁷ Así nos señala que “a la vista del camino siete u ocho casas que contendrán de 40 a 50 personas; mantiéense de la cría de Animales: Como

mación de una estructura regional: Buenos Aires, XVIII y XIX”, en *Revista de Historia*, No. 5, 1995.

25. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, p. 116.

26. José Francisco de Amigorena, “Descripción de los caminos, pueblos”, p. 9.

27. Al respecto, véase Juan Carlos Garavaglia, *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1999.

es Ganado Bacuno, Lanar, Caballar y Muladas que venden a los Cordobeses para llevar al Perú”.²⁸

Ahora bien, en la campaña porteña –aun en aquella predominantemente ganadera– la cría de animales se combina con la actividad agrícola,²⁹ estrategia productiva también observada por estos viajeros. En su recorrido, Gillespie no deja de notar que “el suelo dominante hasta aquí es una blanda marga negra [que] se adapta bien para cualquier sementera, y legumbres de toda clase”.³⁰ Huertos de árboles frutales, hortalizas, tubérculos y sementeras de trigo y maíz para el consumo familiar, y en algunas ocasiones para el mercado, también aparecen en la mirada de estos viajeros:

(...) tienen sus majadas de Ovejas, Ganado Bacuno, Caballar y mucha Yeguada, como también sus Chacaras de trigo, y Maíz, que es de lo que se mantienen estas gentes (...) La Posta aunque sin defensa, esta buena, decente, y bien servida, viven en ella como 10 personas: tiene su huertecita muy Regular con su Arboleda y Arboleda de Duraznos.³¹

En la descripción de la Posta del Arroyo del Medio, De Amigorena indica, además, que a poca distancia “se encuentra una casa de no menor decencia con su buena Arboleda de Duraznos y (...) seis o siete Ranchos de gente bien pobre, sin embargo en dos o tres de ellos hacen sus sementeras de trigo y Maíz, y hay buenas Sandías, que no es pequeño auxilio en verano”.³² La agricultura, e incluso la horticultura y fruticultura, actividades productivas inexistentes en la pampa para la producción historiográfica tradicional, forman parte “natural” del mundo rural transitado por nuestros viajeros.

Más allá de las descripciones geográficas y las referencias a distintas actividades productivas, los testimonios de época de Francisco de Amigorena y Alexander Gillespie descubren paso a paso –desde su mirada europea– una campaña con una dinámica propia y una productividad variada que hacen posibles distintas alternativas económicas y sociales. Mostrando la gran diversidad de este mundo agrario (diversidad que se profundiza aún más en

28. José Francisco de Amigorena, “Descripción de los caminos, pueblos”, p. 11.

29. “(...) al norte (San Nicolás, San Pedro, Pergamino, Areco...) se han formado estancias medianas, en las que la agricultura combina con la ganadería (...). La zona del oeste (Morón, Luján, Guardia de Luján) es de predominio agrícola y de propiedad generalmente más dividida (la explotación lo está necesariamente); al sudoeste (Lobos, Navarro, Monte) se da la transición hacia formas de explotación mixta, en unidades más extensas que en el norte, mientras que al sur (San Vicente, Cañuelas, Magdalena) el predominio es ganadero” señala Tulio Halperín Donghi, *Revolución y guerra*, pp. 31-32.

30. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, p. 110.

31. José Francisco de Amigorena, “Descripción de los caminos, pueblos”, p. 10.

32. *Ídem*, p. 11.

la segunda mitad del siglo XIX) estos relatos no hacen más que reflejar los procesos de desarrollo demográfico y expansión económica que las más recientes investigaciones han contribuido a develar.

Sabemos que, al menos desde mediados del siglo XVIII, la población de la campaña bonaerense se multiplica a un ritmo creciente. Hacia finales de esa centuria, cuando De Amigorena recorre la zona, personas “de todas edades, Castas y Sexsos”,³³ al decir del Maestre de campo, pueblan el *hinterland* que circunda a Buenos Aires. De hecho, los estudios muestran que si en el año 1744 el área rural que rodea a la ciudad-puerto cuenta con 4.664 individuos, para 1815 esa cifra se ha multiplicado con creces y llega ya a las 42.763 personas.³⁴

Conocemos también las explicaciones sobre este fenómeno de crecimiento poblacional. Son muchas las investigaciones que, basándose en censos y padrones de población protoestadísticos, han redimensionado el papel de los desplazamientos al interior del espacio rioplatense.³⁵ Migraciones que, conjugadas con el constante flujo poblacional proveniente del Interior y con un importante crecimiento vegetativo, explican el “despegue” demográfico de la campaña porteña. Estos trabajos ampliaron el horizonte analítico al dejar de considerar exclusivamente las migraciones “tradicionales” de hombres solos para ocuparse también de las de tipo familiar, inter e intraprovinciales (sin por ello olvidar las migraciones estacionales individuales, las europeas y los desplazamientos forzados de la población esclava negra).

Por otra parte, algunos estudios parten de estos aportes para realizar una relectura de las mismas fuentes relacionando la consideración social de estos migrantes (expresada en las clasificaciones étnicas registradas en los padrones como “clase”) con el lugar u origen geográfico de los mismos.³⁶ Además,

33. *Ídem*, p. 7.

34. Los datos sobre la población rural en 1744 en José Luis Moreno, “Población y sociedad en el Buenos Aires rural a fines del siglo XVIII”, en Juan Carlos Garavaglia y José Luis Moreno, comps., *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Cántaro, 1993. Los datos sobre la población de la campaña hacia 1815 en Grupo de Investigación en Historia Rural Rioplatense, “La sociedad rural bonaerense a principios del siglo XIX. Un análisis a partir de las categorías ocupacionales”, en Raúl Fradkin y Juan Carlos Garavaglia, eds., *En busca de un tiempo perdido. La economía de Buenos Aires en el país de la abundancia, 1750-1865*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2004.

35. Los trabajos de José Luis Moreno y José Mateo fueron de los primeros en inscribirse en esta perspectiva. Véase “El redescubrimiento de la demografía histórica en la historia económica y social”, en *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, No. 12, 1997.

36. Véase María Valeria Ciliberto, Andrea Dupuy, Andrea Rosas Principi y Daniela Mansilla, “Etnia y migraciones. Los ‘blancos’, ‘indios’, ‘pardos’ y ‘mulatos’ de la campaña

la riqueza de los datos brindados por los censos de 1813-1815 permite a los estudiosos mostrar a una población rural agrupada en familias: "(...) todos los indicadores demográficos muestran una realidad en la cual las unidades familiares siguen siendo uno de los pilares de la producción agropecuaria y nos alejan de la imagen de un mundo productivo dominado exclusivamente por estancieros y peones".³⁷

De esta manera, la historiografía de los últimos años ha demostrado que viejos y nuevos pobladores construyen una sociedad rural compleja y heterogénea. Lejos ya de la dicotomía estanciero-peón, en la campaña porteña trabajan pastores, labradores y hacendados; capataces, jornaleros y artesanos ocupados en las más diversas manufacturas (por ejemplo, herreros, carpinteros, zapateros y sastres), quienes conviven con algunos militares de carrera y milicianos circunstanciales, párrocos, alcaldes, notarios (y hasta con maestros de escuela y estudiantes), parteros y músicos.

Puestos de manifiesto por las listas nominativas censales de principios del siglo XIX, los más diversos quehaceres productivos ocupan a una buena parte de la población rural bonaerense.³⁸ Esta heterogeneidad ocupacional, que por sí sola cuestiona la simplicidad de una economía de cueros y vacas propuesta por la visión historiográfica tradicional, no escapa a la mirada "utilitaria" de estos viajeros. Francisco de Amigorena, por ejemplo, describe las actividades de los pobladores de Arrecifes señalando que la mayor parte "se mantiene de la Cría de Ganados, otros de sus jornales, y otros (que son los más del village) con sus oficios, Pulperías, etc."³⁹ al tiempo que vincula esta diversidad al desarrollo (importante durante todo el período considerado) de los pueblos de campaña.⁴⁰

Por su parte, las mujeres, que rara vez aparecen en los padrones de población desempeñando alguna ocupación salvo el caso particular de las

a principios del siglo XIX (Buenos Aires, 1815)", en *Revista de Historia Bonaerense*, No. 21, junio de 2000.

37. Raúl Fradkin y Juan Carlos Garavaglia, eds., *En busca de un tiempo perdido*, p. 18.

38. Los padrones de población relevados en los años de 1813 y 1815, registran más de ciento cuarenta categorías ocupacionales. Al respecto véase el apéndice del trabajo del Grupo de Investigación en Historia Rural Rioplatense, "La sociedad rural bonaerense", pp. 62-63.

39. José Francisco de Amigorena, "Descripción de los caminos, pueblos", p. 9.

40. Oreste Carlos Cansanello se ocupa de este desarrollo en varios de sus trabajos. Nos referimos en particular a "Pueblos, lugares y fronteras de la provincia de Buenos Aires en la primera parte del siglo XIX", en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, No. 35, 1998, y "De súbditos a ciudadanos. Los pobladores rurales bonaerenses entre el Antiguo Régimen y la modernidad", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 3a. serie, No. 11, 1995.

viudas, en San Antonio de Areco, por ejemplo, se dedican al tejido de medias, según advierte Gillespie. También De Amigorena rescata del olvido al trabajo femenino, apuntando que “se ocupan también las mujeres en los tegidos con la Lana que les rinde una majadita de Ovejas y actualmente tienen su chacra de Trigo y Maíz”.⁴¹

Bien sabemos que la mayoría de los habitantes de la campaña combinan distintas actividades, siendo la “pluriactividad” un rasgo común a la mayoría de las sociedades agrarias. Al respecto, el viajero inglés nos informa que un coronel de milicias, apostado en el pueblo de San Antonio, no solo cumplía con sus funciones militares sino que además “teniendo dos esclavos, y algunos montecitos que prefería llamar suyos, juntaba mediante el trabajo de ellos toda la leña que podía recoger y personalmente vigilaba la venta (...) del mismo modo cuando traficaba sus peras y duraznos”.⁴² Obligaciones militares impuestas a los pobladores por las particulares circunstancias de la campaña que obligaron la masiva militarización de sus habitantes (aún mayor en los años venideros), asociada entonces con la producción “chacarrera” de frutos y la extracción de leña, negocios al parecer lucrativos (ya que posibilitaron la compra de al menos un esclavo), que aprovechan además los derechos poco claros aún sobre la propiedad de los recursos productivos que caracterizan a todo el período.⁴³

También el alcalde de Salto desarrolla otras actividades en paralelo. Luego de haber invitado a almorzar a los militares británicos que habían llegado al pueblo se retira “pero no sin decir que tenía tienda en donde podíamos proveernos barato de todo lo necesario”.⁴⁴ El servicio a la Corona se conjuga aquí con el regenteo y la posesión de uno de los espacios de sociabilidad más típicos de la campaña.

En contraposición con la imagen de soledad y aislamiento que caracteriza a la pampa representada por los historiadores tradicionales, una parte de la variada población rural –sobre la que detuvieron su mirada estos viajeros– mora en asentamientos de pequeñas “chozas dispersas”, generalmente ubicados a la vera de las rutas que articulan mercantilmente la campaña porteña. De Amigorena, por ejemplo, señala que se podía encontrar, a lo largo del camino que se extendía desde San Nicolás de los Arroyos hasta

41. José Francisco de Amigorena, “Descripción de los caminos, pueblos”, p. 23.

42. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, pp. 113-114.

43. Raúl Fradkin, “Coutume, loi et relations sociales dans la champagne de Buenos Aires (XVIIIe et XIXe siècles)”, en Juan Carlos Garavaglia y J-F Schaub, eds., *Lois, justice, coutume. Amérique et Europe latines (16e-19e siècle)*, París, L'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 2005.

44. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, p. 130.

Luján, con “ranchos” y “casas” donde habitan, en términos generales, un promedio de seis o siete personas.⁴⁵

Sin embargo, lo cierto es que la mayoría de los habitantes de la campaña se agrupa en “poblados”, “pueblitos” o “pueblos” no tan pequeños ubicados en las inmediaciones de los ríos o a lo largo de los caminos que vinculan a la gente y a las cosas con el espacio más amplio del interior. El maestro de campo, por ejemplo, estima que “la población de Arrecife, y sus cercanías tendrá más de 2.000 almas”⁴⁶ en tanto que el militar inglés considera que son unos seiscientos los habitantes que residen en el pueblo de San Antonio de Areco.⁴⁷

El estudio de la formación de los pueblos en la campaña también amplió sus perspectivas y problemáticas a partir de la renovación historiográfica del mundo rural bonaerense. El descentramiento de la estancia ganadera como marco exclusivo de la vida cotidiana de los habitantes rurales y sede del poder político-económico abrió la posibilidad de pensar a los pueblos como sedes de las distintas redes de poder institucional (militar-miliciana, eclesiástica y judicial) desplegadas sobre el mundo rural en el proceso de construcción de un nuevo orden rural.⁴⁸

Tradicionalmente, los historiadores locales se han ocupado de la fundación de pueblos como actos resultantes ya sea del accionar del estado colonial o provincial, de la actividad misionera de la Iglesia o de la donación de tierras por parte de grandes terratenientes. Y si bien los poblados de frontera recibieron una atención especial, al estudiarse los fuertes militares como núcleos aglutinadores de población con fines defensivos, el establecimiento de pueblos más allá de los mismos continuó siendo considerado poco relevante dado que “papel del pueblo ya lo ocupa en parte la estancia”, con su aspiración de unidad política, social y económica.⁴⁹ Hoy, como apuntábamos, el proceso de conformación de los poblados en la campaña es analizado desde perspectivas variadas, que incluyen desde los estudios acotados a la organización del espacio o disposición de los planos

45. La media de personas por unidad censal, de acuerdo con los padrones de población de principios del siglo XIX, era similar a la presentada por De Amigorena. Al respecto, véase el trabajo del Grupo de Investigación en Historia Rural Rioplatense, “La sociedad rural”, p. 25.

46. José Francisco de Amigorena, “Descripción de los caminos, pueblos”, p. 9.

47. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, p. 11.

48. María Elena Barral y Raúl Fradkin, “Los pueblos y la construcción de las estructuras de poder institucional en la campaña bonaerense (1785-1836)”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3a. serie, No. 27, 2005.

49. Véase Tulio Halperín Donghi, “La expansión de la frontera”, pp. 65-66.

catastrales⁵⁰ hasta los abordajes interesados en la sociabilidad política pueblerina⁵¹ o en la notabilidad local y su identidad social.⁵²

Todas estas cuestiones aparecen en los relatos de nuestros viajeros, habitualmente insertas en descripciones casi “estandarizadas” de los distintos poblados visitados. Tanto los fuertes como las “casas de justicia”, pero sobre todo las iglesias (construcciones en las que De Amigorena pone especial atención), suelen ser las primeras referencias de los pueblos que aparecen en las narraciones. Cuenta Gillespie que, cerca de la medianoche del 12 de octubre de 1806, él y otros militares británicos llegan finalmente a Luján “aunque la torre de la villa se veía y parecía cercana cinco horas antes”. En sus primeras impresiones del pueblo, el militar señala que “las construcciones son de barro, pero la iglesia es hermosa, con una especie de cúpula y por fuera semejante a las capillas de nuestro país (...) Hay, además, un Cabildo”.⁵³ Podríamos decir que las estructuras del poder eclesiástico se conjugan aquí con las del estado colonial para representar al viajero la importancia política institucional del pueblo, única villa del área.

La desigual densidad de las redes de poder institucional en la campaña también puede ser deducida de las narraciones de estos viajeros. Así, cuando un par de días más tarde los militares ingleses arriban al “pueblito” de Capilla del Señor, el agrupamiento de personas no parece ser –a sus ojos– muy significativo (al menos en comparación con la Villa que apenas habían dejado atrás) ya que “hay una capilla dedicada a la Virgen (...), pero es demasiado insignificante para tener una casa de justicia”.⁵⁴ No obstante, un alcalde bajo cuya administración estaba el lugar, cumple las funciones de la autoridad civil.

50. Fernando Aliatta, “Cultura urbana y organización del territorio”, en Noemí Goldman, dir., *Nueva historia argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998.

51. Juan Carlos Garavaglia, “Los Martínez: la complejidad de las lealtades políticas de una red familiar en el Arco rosista”, en Juan Carlos Garavaglia, *Poder, conflicto y relaciones sociales. El Río de la Plata, XVIII-XIX*, Rosario, Homo Sapiens, 1999.

52. Raúl Fradkin, “Vecinos, forasteros y extranjeros: las élites locales coloniales y su identidad social (Buenos Aires a fines de la era colonial)”, mimeo, 1999.

53. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, p. 105.

54. *Ídem*, p. 108.

DIFERENTES PERSPECTIVAS, DIFERENTES MIRADAS

A principios de 1807, Gillespie deja San Antonio después de haber pasado algún tiempo allí y se traslada hasta Salto, pasando por el Fortín de Areco. Su perspectiva militar condiciona una mirada que se detiene en la fuerza castrense apostada en el lugar, así como también en las características de la construcción edilicia:

(...) en lados opuestos de una de estas [cuadras] se hallan la iglesia y el fuerte; la primera, sencilla, y el segundo, mucho más grande que el fortín de Areco, con dos de sus frentes levantados con tierra endurecida sacada del lecho del río y los otros protegidos por un foso y palizadas. Once cañones de hierro y pedreiros estaban emplazados, en estado ruinoso, y había cuarteles anexos en condición análoga.⁵⁵

Recordemos que, pese al fracaso de la expedición de la cual formaba parte Gillespie, los investigadores interesados en las relaciones políticas y diplomáticas entabladas entre Gran Bretaña y el Río de la Plata, durante el período considerado, consideran que el balance de las invasiones fue positivo para los ingleses dado que les permitieron conocer de cerca la realidad de una de las regiones de mayor dinamismo del imperio español en América. Y en base a ello modificar su política futura, que reorientándose “de la invasión al reconocimiento”, fue del todo exitosa.⁵⁶

En el relato de Francisco de Amigorena, en cambio, el eje de la descripción son las postas y las actividades económicas de los pobladores de la campaña. De hecho, como ya hemos mencionado al comienzo del trabajo, su mirada y su atención están puestas en el estado de los caminos, la cantidad de población, la posibilidad de aprovisionamiento de agua, de alojamiento y alimentación.

En esos momentos el acopio de información sobre la realidad económica de las colonias forma parte de la política ilustrada de una Corona que, agobiada por los problemas financieros, busca racionalizar –reformando– la explotación de sus territorios de ultramar. Los intereses de Francisco de Amigorena se insertan, entonces, en un esquema general que otorga al

55. *Ídem*, p. 132.

56. Véase Klaus Gallo, *De la invasión al reconocimiento. Gran Bretaña y el Río de la Plata 1806-1826*, Buenos Aires, A-Z, 1994. Del mismo autor, *Las invasiones inglesas*, Buenos Aires, Eudeba, 2004.

comercio un rol central tanto en el desarrollo regional americano como en el re posicionamiento de España como metrópoli imperial.

Precisamente, su descripción de las rutas sirven no solo como guía, sino también como medio de organización-utilización económica del espacio a las autoridades coloniales. En función de este interés entonces, su punto de vista se posa en el grado de peligrosidad y posibilidad de poblamiento, aunque sea transitorio:

(...) desde el paso del Arroyo de la Luna hay dos leguas largas hasta la Capilla del Arrecife; está situada esta Población a la izquierda del Río sobre una pequeña elevación con sus calles de Casas bien construidas de Ladrillo y teja enlucidas, y blanqueadas la mayor parte seran estas como 50 que con las Arboledas y Huertecitas forman un ogeto agradable a la vista; pero no hay fortificación, ni reparo para el caso de la invasión de los infieles; el numero de habitantes es muy crecido contando los de toda esta inmediación, porque además del Pueblo, se ven muy inmediatas las Casas, y Ranchos por las dos vandas del río, al que contribuye por se este de agua permanente.⁵⁷

En la mirada utilitaria de este viajero y cronista, los pueblos de la campaña son representados en relación a sus posibilidades defensivas, por su situación de frontera con el indio. También nos encontramos con la presencia militar en los pueblos por los que atraviesa De Amigorena, aunque es claro aquí que la intención de su narración es totalmente opuesta a la que suscita la atención de Gillespie por el mismo tema. Desde una perspectiva defensiva, en las referencias del maestre de campo, los fortines se destacan como lugares muy vulnerables, empobrecidos y presa del designio de los “infieles”.⁵⁸ Para él, los fortines militares en aquellas tierras, que en los momentos del relato limitan con el indio y no están aún para nada consolidados como pueblos, parecerían ser lugares que se habían erigido circunstancialmente, siendo muy poco seguros:

57. José Francisco de Amigorena, “Descripción de los caminos, pueblos”, p. 9.

58. De Amigorena realizó varias campañas en la frontera sur (en el área de la actual provincia de Neuquen) contra los grupos étnicos pehuenches y pampas que atacaban el tránsito de las caravanas que recorrían el camino que unía a Buenos Aires con Mendoza (en los años 1779-1780, 1783 y 1784). Remitimos a los estudios de Daniel Villar y Juan Francisco Jiménez, “Botín, materialización ideológica y guerra en las pampas durante la segunda mitad del siglo XVIII. El caso de Llanquetruz”, en *Revista de Indias*, vol. LX, No. 220, Madrid, 2000, y “Rebelión y poder en la Araucaria y las pampas (segunda mitad siglo XVIII)”, en *Ciencia Hoy*, vol. 13, No. 75, junio-julio de 2003. Los distintos aspectos de guerra y negociación que caracterizó a la política de frontera de este período en Lidia Nacuzzi, comp., *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, 2002.

(...) a una Milla de la Posta se halla el fuente que llaman de la esquina en un estado bien fatal, sin Puente levadizo ni Puertas, el foso cegado, o casi parejo con los demás (...) Esta se compone de seis infantes veteranos mandados en Buenos Aires cuyo Cavo hace de Comandante, y están con tal incomodidad, por el mal estado del cuartel que quando llueve apenas hay sitio dentro de él donde poder colocarse los fusiles de modo que no se mojen (...) al amparo de este fuerte viven 30 o 40 personas repartidas en siete ranchitos, las quales se mantenían de la cría de algunos animales, pero ahora que los indios se los han llevado, se verán precisados a mendigar, avandonando estos parages para salvar las vidas.⁵⁹

Pese a la imagen de indefensión y debilidad de la presencia estatal en el mundo rural que detalla De Amigorena, la autoridad civil y/o militar está presente en la descripción de los poblados de la campaña que atraviesa el capitán inglés.

Como señalábamos en el acápite anterior, el Cabildo representa ese poder en la Villa de Luján mientras que el alcalde hace lo propio –ejerciendo la administración– en Capilla del Señor. El pueblo de Salto de Areco como el de San Antonio, además de tener un alcalde, también cuenta con la presencia de un comandante militar. La superposición de funciones y prerrogativas en el marco algo laxo del gobierno colonial en la campaña, sumado al nuevo rol de los militares en el contexto de la militarización causada por las invasiones (tema que analiza hoy la historiografía) ya es advertido por el viajero:

(...) donde se instalaba un oficial militar invalidaba la autoridad del poder civil, pues todas las referencias del momento se le hacían a él. Esto explica en cierto modo el obsequioso respeto pagado por la plebe a aquella profesión, y, sin duda, los dictados de la política tienen parte en darle esa importancia, pues ella y no el número mantenían sujeto al país entero ⁶⁰

Junto a la presencia de la iglesia y de la autoridad estatal (civil o militar) en los poblados y fortines que observamos en los relatos de Francisco de Amigorena y de Alexander Gillespie, el comercio aparece también con mucha frecuencia en sus descripciones. Circunstancia nada sorprendente ya que, entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, un amplio y difuso tejido de comercialización –compuesto por comerciantes, pulperos, mercaderes y traficantes, entre otros– crece junto con la heterogénea población de la campaña.

59. José Francisco de Amigorena, "Descripción de los caminos, pueblos", p. 13.

60. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, pp. 122-123.

En los padrones de población de 1738 aparecen unas pocas referencias a pobladores con “pulpería y casa de tejas” o bien con “pulpería y casa de techo de paja”, mientras que en los censos de 1744 se incorporan algunas menciones más sobre la presencia de “mercachifles” y personas dedicadas a “trajinar con sus mercancías”. Para 1815, en cambio, las listas nominativas censales registran en la campaña porteña a más de cuatrocientos individuos cuya ocupación principal se vincula al tráfico mercantil.⁶¹

Los pueblos del norte de la campaña que recorren estos viajeros están llenos de tiendas, tendejones y pulperías destinadas al abastecimiento de la población rural.⁶² Tanto De Amigorena como Gillespie ponen de manifiesto que muchos de los pobladores de Arrecifes, San Antonio, San Nicolás o Pergamino están vinculados al comercio. Bien sabemos que, a principios del siglo XIX, el norte es precisamente el área que concentra las mayores proporciones de sujetos dedicados a este tipo de actividad. De hecho, algo más del 30% de los comerciantes censados en los padrones de mediados de la década de 1810 están ubicados en algunos de los partidos y poblados de la zona.⁶³

Por otra parte, las nuevas miradas historiográficas también destacan la relevancia de las actividades económicas en el ámbito rural, vinculadas a un amplio mercado interno. Así, por ejemplo, hoy conocemos que toda el área norte del *hinterland* porteño debe, por entonces, su dinamismo comercial a su papel de eje articulador de los flujos mercantiles que unían a la ciudad de Buenos Aires con todo el espacio del Interior del Virreinato del Río de la Plata e incluso, más allá. Muchos productos atraviesan la zona hasta Santa Fe en caravanas de carretas por tierra o en embarcaciones que recorren el río Paraná y se dirigen al Paraguay, al Alto Perú o a Chile, por caso.

61. Los padrones realizados en 1726, 1738, 1744 y 1778 para la campaña de Buenos Aires presentan distintos rangos de información e incluyen diferentes áreas de la campaña. Véase *Documentos para la Historia Argentina. Padrón de Campaña*, tomos X y XII, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1914. Un análisis sobre los comerciantes de la campaña bonaerense hacia 1815 en Andrea Rosas Principi, “Pulperos, comerciantes, mercachifles y tenderos. La población mercantil en la campaña de Buenos Aires a principios del siglo XIX”, tesis de licenciatura inédita, Universidad Nacional de Mar del Plata, Facultad de Humanidades, Departamento de Historia, 2003.

62. Un análisis de los productos vendidos en las pulperías en Carlos Mayo, *Pulperos y pulperías*, cap. 3.

63. De los 445 comerciantes registrados por los padrones de 1813-1815, el 31,2% se ubicaba en el norte de la campaña, seguidos de cerca por aquellos que se concentraban en las cercanías de la ciudad-puerto. El oeste y el sur, en cambio, mostraban una menor participación de comerciantes. Véase Andrea Rosas Principi, “Pulperos, comerciantes, mercachifles y tenderos”, cuadro V, p. 49.

Amén de comprar y vender una extensa variedad de productos como almacén, los comerciantes de la campaña actúan como intermediarios entre la producción rural y el mercado citadino, al tiempo que buscan por diferentes caminos obtener beneficios adicionales que les permitan incrementar su inversión inicial y el giro de sus negocios. En Pergamino, por ejemplo, nos encontramos con comerciantes de vieja data como José Lino Echeverría o Gabriel Rocha, que saben combinar sus actividades ganaderas, con una multiplicidad de negocios para llegar a convertirse en vecinos destacados de este partido del norte.⁶⁴

Al mismo tiempo, y en la medida de sus posibilidades, estos comerciantes se desenvuelven como agentes de crédito. El viajero inglés señala esta característica entre los comerciantes rurales al indicar que, llegados él y sus compañeros a Salto de Areco, “un portugués bondadoso, que traficaba considerablemente con los indios, dándose cuenta de nuestras circunstancias, nos ofreció crédito en su tienda y dinero si lo deseábamos”.⁶⁵ Y es que estos comerciantes, como sus pares dedicados al comercio regional o de larga distancia, son de los pocos que por ese entonces cuentan con algo de liquidez. Ello deriva, por supuesto, de su necesidad de abonar los productos importados “de Castilla” con plata acuñada.

Sin embargo, para un pequeño o mediano productor agropecuario, como para cualquier otro poblador rural, obtener el crédito de un comerciante no debía ser una tarea del todo sencilla. Para lograrlo, parecía ser necesario (cuando no imprescindible) establecer algún tipo de vínculo personal. El 16 de octubre de 1806, Gillespie y sus compañeros llegan a San Antonio de Areco y se quedan allí algún tiempo:

(...) después de alguna permanencia en San Antonio nuestros fondos escasearon [y] varios nos encontramos en una situación crítica. Como no estábamos suficientemente establecidos para lograr crédito en perspectiva de aquella garantía pública, de que todo tendero desconfiaba más que nosotros mismos, y como nuestras necesidades solamente podían llenarse con dinero contante (...) nuestros locadores y la comunidad en general tenían alguna piedad de nuestros sufrimientos. La severa prevención era obvia cuando recién llegamos, pero cedió a los trabajos de convicción y a una amistad general hacia nosotros.⁶⁶

64. Véase el trabajo de Andrea Dupuy, *El fin de una sociedad de frontera en la primera mitad del siglo XIX. “Hacendados” y “Estancieros” en Pergamino*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2004, pp. 129-136.

65. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, p. 135.

66. *Ídem*, p. 120.

O bien, aparentemente, ser beneficiario de algún tipo de “simpatía nacional”:

(...) la primera impresión en contra nuestra prevalecía dondequiera que fuéramos, pero pronto se disipaba y luego seguía la afección (...). Después de conocernos un poco, los tenderos amablemente nos abrían crédito (...) por la opinión que se habían formado de nuestra integridad nacional. Esos lindos rasgos de carácter corresponden exclusivamente a la gente que tiene residencia fija y se asocian en número, y de ninguna manera a los peones errantes.⁶⁷

Al ser reconocida, la honestidad y buen proceder del *gentleman* inglés quedan subrayadas (tanto por el accionar como por la narrativa del viajero), al tiempo que su referencia cimienta uno de los estereotipos tradicionales acerca de los trabajadores rurales “criollos”: el gaucho alejado de las costumbres “civilizadas”.

Distintos estudios han demostrado ya que, al papel como intermediarios en la producción-comercialización rural, los mercaderes rurales suman otros mecanismos para ampliar sus lucrativas actividades. Las ventas a crédito, el préstamo de dinero (generalmente a cambio de granos y/o ganado), el empeño de efectos personales y las pulperías “volantes” (carretas que recorren la campaña en tiempos de siega) actúan como mecanismos que les permiten establecer algún tipo de relación económica entre ellos y la población rural en general. Además, el despacho de bebidas y el esparcimiento de los parroquianos operan en el mismo sentido.

Como ya es bien conocido, el tejido de comercialización de la campaña es muy difuso. Pulperos, comerciantes, mercachifles y tenderos deben entonces competir por atraer una clientela que tiene a su alcance “muchas alternativas” para comprar y vender, para solicitar algún dinero por adelantado a cuenta de parte de su producción, o para empeñar sus pertenencias cuando así lo necesitan. En el marco de esta “competencia” por la clientela, algunos corren con mejor suerte que otros. El magistrado que ejerce la administración civil en el pueblo de Salto de Areco, por ejemplo, combina la función política con la actividad comercial. Sin embargo, su autoridad no alcanza a garantizarle la afluencia de clientes a su negocio. De hecho, solo unos pocos pobladores debieron surtir de mercaderías allí, ya que Gillespie señala que sus “precios generalmente exorbitantes nos hicieron transferir nuestros tratos a la tienda de un portugués, que al fin nos resultó amigo más generoso”.⁶⁸ Tendero que, probablemente, estuviera vinculado al tráfico semilegal o clandestino que sus compatriotas controlan en toda la zona de

67. *Ídem*, pp. 127-128.

68. *Ídem*, p. 131.

confluencia de los ríos y de frontera con la Banda Oriental y el sur de Brasil.⁶⁹

Por otra parte, para los comerciantes de la campaña, el establecimiento de un conjunto de relaciones que van más allá de lo puramente económico también debe coadyuvar a mitigar la inseguridad propia de la actividad que desarrollan. Bien es cierto que parte de esa inseguridad, que afecta tanto a grandes como a pequeños comerciantes, sean éstos urbanos y rurales, deriva del permanente endeudamiento producido por una economía en la que el metálico es escaso. No obstante, para aquellos que en el *hinterland* porteño viven del comercio, los robos de mercaderías o de bienes previamente empeñados, los fiados muchas veces difíciles de cobrar así como los conflictos por las mismas ventas que casi a diario los afectan ayudan, seguramente, a incrementar ese clima de inestabilidad.

A todo ello, hay que agregar un fenómeno para nada novedoso que aparece con frecuencia tanto en documentos oficiales como en las descripciones de los viajeros y sobre el que el militar inglés también hace algunas referencias: los ladrones que asolan la campaña. Al respecto, Gillespie señala que “todos estos pueblitos están infestados por cuadrillas de ladrones, siempre en busca de presa, y sin repugnancia quitarán la vida por una corbata”.⁷⁰ Tales “gavillas de salteadores”, que de hecho se incrementan en las décadas de 1810 y 1820,⁷¹ encuentran en los comerciantes rurales un blanco relativamente fácil.

Pese a este tipo de observaciones, comunes entre casi todos los viajeros que durante la primera mitad del siglo XIX recorren la campaña porteña, la perspectiva tradicional ignora estas situaciones de conflicto rural o bien las considera solo para reforzar su valoración negativa de la idiosincrasia del gaucho. Por el contrario, este tema constituye uno de los focos de atención de la historiografía rural actual. De hecho, los historiadores abordan, desde distintos lineamientos teórico-metodológicos y a partir de una serie de fuentes de índole judicial, el examen de las diferentes manifestaciones de la con-

69. Véase Emir Reitano, “La calidad de vida de los portugueses en Buenos Aires durante el período colonial tardío”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina “Dr. Ricardo Levene”*, vol. 1, No. 1, 2000.

70. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, p. 108.

71. Al respecto, véase el trabajo de Raúl Fradkin, “Bandolerismo y politización de la población rural de Buenos Aires tras la crisis de la independencia (1815-1830)”, en *Nuevos Mundos. Mundos Nuevos*, No. 5, 2005; y del mismo autor, “¿Facinerosos contra cajetillas? La conflictividad social rural en Buenos Aires durante la década de 1820 y las montoneras federales”, en *Illes i Imperis. Estudis d'història de les societats en el món colonial i post-colonial*, No. 5, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 2001.

flictividad en la campaña: las montoneras y el bandolerismo,⁷² la criminalidad,⁷³ el litigio judicial⁷⁴ e incluso, la tensión creciente entre el accionar político de los grupos campesinos subalternos (basado en valores y derechos consuetudinarios) y el nuevo orden institucional en conformación.⁷⁵

Sobre este particular, el avance en la investigación parte de una constatación ya consensuada: el peso de las redes personales que condicionan, al tiempo que hacen posible, el gobierno colonial (situación que al parecer poco se modifica luego).⁷⁶ La dinámica particular del ejercicio de la autoridad en la campaña se refleja, entonces, en la inserción de los “funcionarios” encargados de impartir justicia dentro de una densa trama de intereses locales.⁷⁷

Este aspecto “de complicidad” tampoco escapa a la observación atenta del capitán inglés, quien nos explica que el escaso celo de estos sujetos por mantener las leyes se vincula con sus propios intereses:

72. Raúl Fradkin, “Asaltar los pueblos. La montonera de Cipriano Benítez contra Navarro y Luján en diciembre de 1826 y la conflictividad social en la campaña bonaerense”, en *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, No. 18, 2003. Del mismo autor, *La historia de una montonera: bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

73. Ricardo Salvatore, *Wandering Paysanos: State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Durham, Duke University Press, 2003.

74. Remitimos al conjunto de investigaciones enmarcadas en los proyectos “La experiencia de la justicia: poder y sociedad en la campaña bonaerense, 1730-1830”, y “Justicia y conflictividad social rural. La campaña bonaerense entre las décadas de 1780 y 1830”, del Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Lujan, y reunidos en Raúl Fradkin, comp., *El poder y la vara. Estudios sobre la justicia y la construcción del Estado en el Buenos Aires rural (1780-1830)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.

75. Raúl Fradkin, “Entre la ley y la práctica: la costumbre en la campaña bonaerense de la primera mitad del siglo XIX”, en *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, No. 12, 1997. “Representations de la justice dans la campagne de Buenos Aires (1800-1830)”, en *Etudes Rurales*, No. 149-150, enero-junio de 1999.

76. Zacañas Moutoukias, “Réseaux personnels et autorité coloniale: les négociants de Buenos Aires au XVIIIe siècle”, en *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, vol. 47, No. 4-5, julio-octubre de 1992.

77. Para una caracterización del funcionamiento de la justicia en la campaña pueden consultarse los trabajos de Juan Carlos Garavaglia, “La justicia rural en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX”, en *Poder, conflicto y relaciones sociales*, y “Paz, orden y trabajo en la campaña: la justicia rural y los juzgados de paz en Buenos Aires, 1830-1852”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 37, No. 146, julio-septiembre de 1997. Véase, además, el artículo de Jorge Gelman, “Etat et société. Le rétablissement de l'ordre á Buenos Aires après l'indépendance (1810)”, en *Etudes Rurales*, Nos. 149-150, enero-junio de 1999.

(...) como todos ellos atienden despachos de bebidas, tienen una inclinación interesada hacia los criminales, cuyas ganancias de rapiña y asesinato generalmente se disipan en bebidas y juego (...). Ese funcionario, en vez de ser el terror, es el estimulador de los delitos, y en todo hecho criminal se le puede señalar como cómplice, porque en él se concentran las ganancias ilícitas.⁷⁸

Como decíamos anteriormente, pasajes como éste han sido empleados por toda una historiografía de corte costumbrista para acentuar –estereotipando– los aspectos perjudiciales del carácter “nacional”: en este caso, de los pulperos, presentados como comerciantes inescrupulosos en afán de lucro.

El tema del comercio minorista es abordado muy tangencialmente por José Francisco de Amigorena. De hecho, solo aparecen algunas breves alusiones cuando se ocupa de las actividades desarrolladas por los pobladores de la campaña porteña. En cambio, el Maestro de campo hace referencia en forma específica y casi continua a las postas, preocupado como está por señalar los mejores caminos existentes. Refiriéndose a la Posta de la Aguadita, por ejemplo, señala que “apenas cave la corta familia de Mro. de Posta; pero tiene bastantes y muy buenos caballos, motivo por el que son despachados prontamente los Correos y Pasajeros que corren la Posta”.⁷⁹ Una y otra vez, a lo largo de su relato, las postas se suceden como lugares en los que –con comodidades variables– el pasajero en viaje puede tanto descansar como cambiar de caballo para continuar su camino. Cabe señalar, además, que las postas no solo sirven como lugares de tránsito e intercambio sino también como espacios de producción.

De esta manera, las descripciones que estos dos viajeros nos han legado de los pueblos, la producción, el comercio, los fortines y las postas nos muestran las diversas alternativas que tienen a su alcance los pobladores de la campaña de Buenos Aires a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Reflejo del dinamismo de una región que ya desde las postrimerías del periodo colonial inicia la transformación de su economía y sociedad.

CONCLUSIÓN

Por décadas, la mirada de la historiografía argentina sobre el mundo rural bonaerense reprodujo en la lectura de los cronistas coloniales y tem-

78. Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el Interior*, p. 108.

79. José Francisco de Amigorena, “Descripción de los caminos, pueblos”, p. 18.

prano-independientes, la imagen (mítica si se quiere) de la América de Humboldt, simple y vacía. Trasladando estas características espaciales a su economía y a su sociedad, dicha mirada terminó por constituir un mundo de cueros, peones y estancias. Esta imagen tosca y simple de la campaña porteña, empezó a modificarse desde hace unos veinte años a esta parte. De la mano de una renovada mirada, la actual historiografía rural muestra –en cambio– que la diversidad, la heterogeneidad y la complejidad social y productiva sobresalen en este mundo. Subyacen, por supuesto, en ambas miradas, condicionamientos diferentes, contextos sociales, científicos e históricos divergentes: la tradicional historia argentina de corte liberal frente a la renovación historiográfica iniciada con el retorno de la democracia al país.

A la luz de los aportes de los muchos estudios que actualmente se enmarcan en esta renovada perspectiva historiográfica, buscamos en las páginas precedentes realizar una nueva lectura de esos relatos de viajeros que por tanto tiempo fueron considerados como los “pilares” fundamentales en la construcción de esa imagen del mundo rural como una sociedad bipolar y poco compleja. Pensamos que esta renovada perspectiva, esta nueva mirada del mundo rural, nos permite aprehender y apreciar detalles de los relatos de José Francisco de Amigorena y de Alexander Gillespie que, o bien fueron dejados de lado, o bien mirados de otra manera.

La lectura de estos dos relatos, de estos dos puntos de vista, responden como señaláramos, a intereses diferentes: el de un funcionario de la corona española, por una parte y el de un militar que ha sufrido la derrota en el campo de las invasiones inglesas, por otra. En ambos cronistas aparece esa mirada del “otro” cultural, con ciertos sesgos propios, pero aún así con ciertas similitudes que no pueden dejarse de lado en la mirada de ese mundo rural de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Indudablemente, la percepción del espacio y la sociedad de la campaña porteña que se impone en el camino a nuestros dos cronistas se acerca más a la de un mundo complejo y muy rico en matices que a la de un desierto tosco y simple.

Hoy, nuestra perspectiva de análisis, este renovado “punto de vista”, nos permite dar cuenta del hecho de que estos clásicos viajeros no son tan “impresionistas” como podía pensarse hasta hace poco, ellos también captaron la complejidad y la riqueza de la sociedad rural bonaerense de los siglos XVIII y XIX.

Fecha de presentación: 25 junio 2008

Fecha de aceptación: 10 octubre 2008

